

EL ELEMENTO LÍQUIDO EN LA OBRA DE MAUPASSANT

por Alain-Claude Gicquel

El agua aparece como el elemento simbólico más utilizado en la obra de Guy de Maupassant. Nacido en las costas normandas, en Tourville-sur Arques, no deja de regresar con motivo de las vacaciones, hacia ese « *mar plano, extendido como una tela azul, inmensa, brillante, con reflejos de oro y fuego*¹ ». En Etretat, el joven muchacho se bañaba a cualquier hora, respirando a pleno pulmón « *el olor de la ola, el salvaje y buen olor de las costas*²».

Durante esta juventud arropada por el espectáculo permanente del amplio océano, las travesías en barca y los baños, el joven tuvo la suerte de ver a Gustave Courbet pintando *La Ola* cuando un « *viento furioso arrojaba sobre la región el mar desencadenado, cuyas olas, enormes, llegaban pesadamente, una tras otra, lentas y coronadas de espuma*³ ». La emoción experimentada frente a esa tela se encontrará en todas las transcripciones de la potencia de las olas que compondrá un Maupassant esteta, enamorado del espectáculo de la onda. Emocionado por la precisión de la mirada del pintor, el escritor recuerda, a su vez, como « *el mar encabritado mugía y sacudía la costa, precipitando sobre la orilla olas enormes, lentas y babosas, que rompían con detonaciones de artillería. Llegaban suavemente una tras otra, altas como montañas, dispersándose en el aire, bajo las ráfagas, la espuma blanca de sus cimas al igual que un sudor de monstruos*⁴ ».

Después de la guerra de 1870, el joven, instalado desde hacía poco en la capital, experimenta otros placeres acuáticos en los alrededores de París. ¿Quizá busca en Bezons, en sus sesiones de remo en el Sena, combatir su nostalgia por Normandía? En su imaginario, un ambiente sensual alrededor del río, la orilla, el lago, el estanque: tantos lugares propicios a las intrigas, a la perturbadora presencia de las mujeres, al desencadenamiento de las pasiones y los dramas.

Más tarde, cuando ya está consagrado, Maupassant descubre el Mediterráneo, exacto compromiso entre la Mancha y el Sena, « *inmóvil, estancado, como endurecido bajo un pesado calor*⁵», sobre el que navega frecuentemente pero cuya influencia sobre su literatura será superficial.

El elemento líquido es omnipresente

En toda la obra de Guy de Maupassant, el elemento líquido permanece omnipresente. Según su naturaleza salada o dulce, agitada o apacible, estancada o en

¹ *Pierre et Jean*, novela publicada en 1888.

² *L'Epave*, cuento publicado en 1886 y recogido en la antología *la Petite Roque*.

³ «La Vie d'un paysagiste », crónica de septiembre de 1886.

⁴ « L'Ivrogne », cuento publicado en le *Gaulois* del 20 de abril de 1884 y recogido en la antología *Contes du jour et de la nuit*.

⁵ « Voyage de noce », cuento publicado en le *Gaulois* del 18 de agosto de 1882.

movimiento, el modo en el que el autor lo evoca revela una constante dualidad. Desde marzo de 1876, en el cuento « En canot » publicado por el *Bulletin français*, Maupassant exponía claramente su relación con el agua: « ... *Vosotros no sabéis lo que es un río. Pero escuche cómo un pescador pronuncia esa palabra. Para él es la cosa misteriosa, profunda, desconocida, el país de los espejismos y de las fantasmagorías, donde de noche se ven cosas que no son, donde se oyen ruidos que no se conocen, donde se tiembla sin saber por qué, como al cruzar un cementerio: y en efecto es el cementerio más siniestro, aquél donde no se tiene tumba [...] Un marinero no experimenta lo mismo por el mar. Éste es a menudo duro y malo, es verdad, pero grita, aúlla: el mar abierto es leal; mientras que el río es silencioso y pérfido. No ruge, corre siempre sin ruido, y el eterno movimiento del agua que fluye es más espantoso para mí que las altas olas del Océano. El mar debe esconder en su seno inmensos países azulados, donde los ahogados circulan entre los grandes peces, en mitad de extraños bosques y en cuevas de cristal. El río sólo tiene profundidades negras en cuyo limo nos pudrimos...*»

Así, precozmente, desde sus primeras publicaciones, Maupassant ya emitía un juicio del que no debía retractarse más que en raras ocasiones: si el mar puede ser peligroso, es franco... viril. El agua dulce, por el contrario, aparece siempre imprevisible, ambigua, más... femenina como podía concebirla ese fiel lector de Schopenhauer.

En Maupassant, los peligros marítimos no son ni minimizados ni disimulados. Si el autor conviene que el mar « *cierra y domina el horizonte; el mar agitado, lleno de escollos rodeados siempre de espuma, como negras cabezas de perros que aguardan a los pescadores*⁶ », supone sin embargo que el hombre posee el recurso de sustraerse a ellos. El drama naval evocado en el cuento *En mer* señala, de este modo, un peligro identificado al que se acomoda la tripulación de una chalupa.

Al hilo de las publicaciones, el mar presenta innumerables virtudes. Se vuelve vivificante, « *aportando los fuertes sabores del aire salino y del viscoso sudor de las olas*⁷» Maupassant llega incluso a usarlo como metáfora de la felicidad y de plenitud cuando la deja surgir en Auvergne, ante los ojos de Paul Bretigny y de Christiane Andermatt contemplando una boscosa Limogne que, « *ahogada en las brumas, les provoca completamente la sensación del Océano*⁸ ».

Si el mar, incluso hostil, siempre permanece como leal, salvador, el agua dulce de los ríos o de los pantanos se presenta constantemente como tenebroso, imprevisible y a menudo asociado a la obsesión redundante del ahogamiento.

Un primer elemento de contraste aparece en la opacidad de los fondos limosos que se opone a la claridad de los fondos marinos revelando en ocasiones bosques de algas, un decorado « como los paisajes de los sueños⁹».

La dañina influencia del agua dulce

Cuanto más pasan los años, más se convence Maupassant de la dañina influencia del agua dulce. En la taberna de Poulain, en Bezons, donde almuerza en julio de 1885, el escritor inscribe sobre uno de las paredes decoradas: « *Amigo, ten cuidado con el agua que ahoga. / Se prudente, permanece en la orilla.*»

⁶ « Le Baptême », cuento publicado en el *Gil Blas* del 13 de enero de 1885 y recogido en la antología *Monsieur Parent*.

⁷ *Une vie*, novela publicada en 1883.

⁸ *Mont-Oriol*, novela publicada en 1887.

⁹ « Un soir », cuento publicado en *l'Illustration* en enero de 1889 y recogido en la antología *la Main gauche*.

El agua dulce, discurriendo con una especie de ruido mudo que produce « *una vaga sensación de miedo misterioso*¹⁰ » molesta por su esencia reptiliana, rastrera, huidiza, revelándose traidora en profundidad pero petrificada en apariencia como un « amplio y sombrío pozo¹¹».

El lugar donde el agua dulce se manifiesta como la más inquietante se encuentra en el pantano pues

« es un mundo sobre la tierra, un mundo aparte, con vida propia, con pobladores permanentes y con habitantes de un día; con sus ruidos, con sus voces, y singularmente con un característico misterio; nada que tanto conturbe, que tanto inquiete, que tanto asuste algunas veces. ¿Por qué ese miedo singular que se siente en esas llanuras cubiertas de agua? ¿Será por el rumor vago de las aguas, por los fuegos fatuos, por el silencio profundo que lo envuelve en las noches de calma, por la bruma caprichosa que viste con sudario de muerte a los juncos, por el hervor casi imperceptible de aquel mundo tan dulce, tan fugaz; pero más aterrador a veces que el estruendo de los cañones de los hombres y de las tempestades del cielo? ¿Qué será de lo que semeja los pantanos de los países del ensueño, a esas regiones espantables que ocultan un secreto inescrutable y peligroso. No. Otra cosa es lo que de allí se desprende; un misterio más profundo, más grave, el que flota sobre aquellas brumas: el misterio mismo de la creación quizá! ¿No fue en el agua sin movimiento y fangosa, en la humedad triste de la tierra, mojada bajo los colores del sol, donde vibró y surgió a la luz el primer germen de vida? ¹²»

En este universo tapizado de un fango que entierra todo, hasta las venganzas más oscuras, numerosos son los personajes que encontrarán allí su última sepultura o bien intentarán perderse. Diferentes cuentos, entre los cuales *le Papa de Simon*, *Histoire d'une fille de ferme*, *En voyage*, *Miss Harriet* o también *Petit Soldat*, sitúan el ahogamiento en el centro de su intriga.

Una mórbida obsesión

Es posible hablar de mórbida obsesión cuando Maupassant se complace en describir la putrefacción de los ahogados. En *Boule de suif*, los pantanos encierran « *algún cadáver de alemán hinchado en su uniforme* ». Con *la Femme de Paul*, el colmo del horror se alcanza tras la reaparición del cuerpo del desesperado que « *parecía ya verde, con la boca, los ojos, la nariz, la ropa llenos de fango. Los dedos cerrados y rígidos eran espantosos. Una especie de barniz negruzco y líquido le cubría todo el cuerpo. La cara parecía hinchada, y de su pelo pegado por el cieno corría sin cesar un agua sucia.*»

Maupassant se deleita en esta muerte. La fantasea y la representa. Llega incluso a hacer de ella una alegoría del sueño como testimonia esta evocación del adormecimiento en el que el autor sume al infeliz héroe del *Horla*: « *Y todo mi cuerpo tiembla en medio del calor de la cama hasta el momento en que caigo bruscamente en el sueño como si me ahogara en un abismo de agua estancada...* » No se puede ser más claro. Ese tránsito aparenta un refugio, una forma de salvación, una escapatoria a todos los males de la existencia.

¹⁰ « Lettre trouvée sur un noyé », cuento publicado en el *Gil Blas*.

¹¹ « En voyage », cuento publicado en el *Gil Blas* del 10 de mayo de 1882 y recogido en la antología *Clair de lune*.

¹² « Amor – Trois pages du livre d'un chasseur », cuento publicado en el *Gil Blas* del 7 de diciembre de 1886 y recogido en la antología *Le Horla*.

Las evocaciones del mar y del agua dulce presentan generalmente las características ya expresadas; sin embargo ciertos puntos de confluencia, entre esos dos mundos separados, permiten completar el inventario.

Si el agua dulce no pierde su maléfica influencia más que domesticada por el hombre, cuando se utiliza para fines hidroterapéuticos por ejemplo, un único momento hace el mar más insidioso, menos comprensible que de ordinario: las mareas de equinoccio. Sin duda Maupassant fundamenta en sus experiencias como navegante la opinión que emite en la crónica « les Attardés »: « ... *el mar de septiembre que se despierta por las tempestades del invierno. Tienen miedo de él, ahora...* » Es porque cuando, en marea baja, disimulando su verdadera cara, toma la apariencia de un lago, de un estanque o de un pantano, « *sin una arruga, sin un movimiento, sin vida, un mar de agua turbia, de agua grasienta, de agua estancada.* »

Alain-Claude Gicquel

Publicado en la Revue des Deux Mondes. Junio de 1993

Traducción de José Manuel Ramos González para
<http://www.iesxunqueiral.com/maupassant>